

# REDESCUBRIMIENTO DEL MUNDO PERDIDO: EL FACUNDO DE SARMIENTO <sup>1</sup>

POR

ROBERTO GONZALEZ ECHEVARRIA

*Yale University*

## 1

«Un viajero inglés de principios del siglo XIX, refiriéndose al viaje combinado en canoa y en mula, que podía durar hasta cincuenta jornadas, había escrito: "Este es uno de los peregrinajes más malos e incómodos que un ser humano pueda realizar." Esto había dejado de ser cierto los primeros ochenta años de la navegación a vapor, y luego había vuelto a serlo para siempre, cuando los caimanes se comieron la última mariposa, y se acabaron los manatíes maternos, se acabaron los loros, los micos, los pueblos: se acabó todo» (GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *El amor en los tiempos del cólera* [Barcelona: Bruguera, 1985], p. 488).

La frase que abre «El matadero», de Esteban Echeverría, es ambigua, pero a la vez claramente programática: «A pesar de que la mía es historia,

---

<sup>1</sup> Este texto forma parte de un libro sobre la narrativa hispanoamericana del cual he publicado otras dos partes, además de varios trabajos preliminares. Los prolegómenos del libro aparecieron en «*One Hundred Years of Solitude: The Novel as Myth and Archive*», *Modern Language Notes* (The Johns Hopkins University), vol. 99, núm. 2 (1984), pp. 358-380. Parte del segundo capítulo se publicó bajo el título «*The Law of the Letter: Garcilaso's Commentaries and the Origins of the Latin American Narrative*», *The Yale Journal of Criticism*, vol. 1, núm. 1 (1987), pp. 107-131. En breve, el libro postula que la narrativa hispanoamericana se ha elaborado en el contexto de tres *fábulas maestras*, que surgen en tensión dialéctica con un discurso hegemónico, cuyo poder lo determinan las relaciones político-sociales de la época. Los tres discursos hegemónicos son, a saber: el del derecho durante el período colonial, el de los viajeros científicos en el siglo XIX y el de la antropología en el siglo XX. Dos novelas-archivo me permiten formular la existencia de esas *fábulas maestras*, o *fábulas de origen*: *Los pasos perdidos* y *Cien años de soledad*.

no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes, como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América, que deben ser nuestros prototipos»<sup>2</sup>. Es éste un comienzo portentoso para un mero relato, pero el texto de Echeverría es ambicioso en extremo. El autor se proponía que «El matadero» representara la implacable represión política a la que eran sometidos los oponentes de Rosas. Las escenas explícitas de abusos y violencia se presentan con el tono clínico de un observador científico que describe fenómenos naturales. En la narración, un joven, que es evidentemente proyección del autor, es asaltado por la turba de los que trabajaban o simplemente se reúnen en el matadero de Buenos Aires, y que representan a los bárbaros que apoyaban a Rosas. El joven es asesinado como si fuera una res más. «El matadero» es una alegoría política, pero es también mucho más. La declaración de Echeverría sobre la historia es de interés por dos razones. Primera, reconoce un deseo de continuidad de propósito en la historia americana. Los historiadores a quienes Echeverría se refiere son obviamente los cronistas del descubrimiento y la conquista de América. Como ellos, Echeverría desea ubicar el Nuevo Mundo en un amplio marco histórico; de aquí su alusión a la Biblia. Escribir la narrativa de América implica también escribir sobre el comienzo de la historia, porque América como acontecimiento es de proporciones tales que fuerza a situar de nuevo los principios de la historia; es decir, tanto sus inicios como las reglas que la rigen. Pero, al mismo tiempo que Echeverría invoca como sus modelos a los cronistas, también señala su ruptura con la concepción que tienen de la historia. Esta ruptura es crucial porque es la evidencia de que ha surgido una nueva fábula maestra en la narrativa de América. La articulación de esa fábula no dependerá de un diseño providencialista que retrotraiga a la Biblia en busca

---

Estas novelas-archivo —otras serían *Terra Nostra* y *Yo el Supremo*— constituyen una cuarta manifestación de la *fábula maestra*, que significativamente regresa a la primera, de origen legal. Mi deuda para con la obra de Michel Foucault debe ser evidente. Pero mi *fábula maestra* se aparta de la *epistemé* en que el conocimiento, o el acceso al conocimiento, viene a ser como uno de los personajes de un proceso que siempre se resuelve en relato, en anécdota, en fabulación.

Con Borges, creo que todo texto es un borrador. Este lo es más que de costumbre —no sólo por su carácter de *work-in-progress*, con perdón de Joyce—, sino porque fue redactado originalmente en inglés, y varias manos, la mía inclusive, han colaborado en su traducción.

El libro será publicado por la Cambridge University Press, de Cambridge, Inglaterra.

<sup>2</sup> Cito de «El matadero», por Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano: antología crítica-histórica*, 3.ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), p. 13.

de coherencia y significado, como lo hacía la historiografía de Indias, sino que invocará otro principio, tan portentoso como el de ellas, que determine el desarrollo de la historia de América. La historia de Echeverría será la historia del presente. Este presente es *sui generis* e histórico a la vez, porque la naturaleza del Nuevo Continente le otorga la posibilidad de romper con el pasado y de crear una nueva secuencia, un nuevo argumento. La violencia representa esa ruptura en «El matadero», violencia cuya víctima es el joven y culto observador, que no puede permanecer suficientemente alejado del fenómeno que observa para sobrevivirlo. El presente violento es antecedente de sí mismo, su propio punto de partida. El relato de Echeverría marca el comienzo de una nueva fábula maestra, mediatizada por el discurso de más autoridad producido por el Occidente desde el siglo XVIII: la ciencia moderna. «El matadero» puede muy bien contener todos los elementos más importantes en esa nueva fábula.

La coherencia de esa nueva fábula no emana de la observación e imitación directa de la naturaleza americana, sino de las obras de numerosos viajeros científicos, que deberían, en justicia, ser considerados los segundos conquistadores del Nuevo Mundo. Si los primeros descubridores y colonizadores tomaron posesión de América por medio del discurso legal, estos nuevos conquistadores hicieron lo propio con la asistencia del discurso científico. Este discurso está dotado de su propia retórica, que difiere considerablemente de lo que entendemos hoy como el discurso de la ciencia. Los exploradores viajeros escribieron textos en forma de diarios y relatos de viajes que no se ubicaban —como lo hace hoy el discurso científico— fuera de la literatura y las artes. Había, por el contrario, una estrecha complicidad entre la literatura y el informe científico, lo cual facilitó a los escritores y pensadores latinoamericanos la asimilación de estas narraciones y la creación, a partir de ellas, de una nueva fábula maestra. La nueva narrativa de Latinoamérica absorbe este segundo viaje, este peregrinaje en busca de la singularidad histórica americana, bajo el amparo textual de la ciencia europea. Al igual que con el discurso legal, esa mediación terminó convirtiéndose en un proceso dialéctico de imitación y deformación, proceso que se convierte en el verdadero subtexto de la fábula maestra. No hay libro que ejemplifique este proceso más dramáticamente, y no hay libro que deje una impronta más profunda en la narrativa americana, que el *Facundo*, de Sarmiento, casi contemporáneo de «El matadero» y que, en cierta forma, es una ampliación del relato de Echeverría.

*Facundo*, como es sabido, es un libro imposible de clasificar: es un estudio sociológico de la cultura argentina, un panfleto político contra la dictadura de Juan Manuel de Rosas, una investigación filológica de los

orígenes de la literatura americana, la biografía del caudillo Facundo Quiroga, la autobiografía de Sarmiento, la nostálgica evocación de la patria por un desterrado político, una novela basada en la figura de Quiroga. (Para mí es como nuestra *Fenomenología del espíritu*.) No importa cómo interpretemos este libro: *Facundo* es uno de esos clásicos cuya influencia es innegable y permanente y es reclamado por varias disciplinas simultáneamente. El hecho de que Sarmiento llegara a presidente de la Argentina y pusiera en práctica programas políticos que tuvieron tan duradero impacto en el curso de la historia de la nación se suma a la inmensa notoriedad de su libro. La evidencia más reciente de la perdurable relevancia y pertinencia de *Facundo* en el discurso hispanoamericano son los debates en torno a la figura de Calibán, tópico cuyo origen se encuentra en Sarmiento. Otra, de tal vez más duradero valor literario, es la proliferación de novelas de dictadores en Hispanoamérica, todo lo cual tiene su origen común en *Facundo*<sup>3</sup>. *El recurso del método*, de Alejo Carpentier (1974), rinde el homenaje más explícito posible a Sarmiento, y no solamente por las alusiones indirectas, como llamar Nueva Córdoba a la ciudad provincial en la que sucede parte de la acción. La novela de Carpentier es una reflexión crítica sobre el proceso mimético entre textos europeos y americanos que *Facundo* pone en movimiento. Este proceso es la razón de la continua presencia de la obra de Sarmiento en la imaginación latinoamericana. En consecuencia, no es un accidente que *Facundo* se centre en el tema de la autoridad y el poder.

## 2

*Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* fue escrito, como es de todos sabido, cuando Sarmiento era exilado político en Chile. Como suele ocurrir con tantos clásicos (para frustración de los críticos positivistas), el texto evolucionó a través de varias ediciones, de modo que es imposible decir cuál es la versión definitiva. Cuando apareció por primera vez, en 1845, en Santiago de Chile, el libro se intitulaba *Civilización y barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*. La segunda edición omitió la fórmula *civilización y barbarie*, que habría de convertirse en un tópico

<sup>3</sup> Me he ocupado de la novela de dictador, en términos que pueden ser pertinentes para la discusión aquí esbozada, en «The Dictatorship of Rhetoric/The Rhetoric of Dictatorship», en mi *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Latin American Literature* (Austin, Texas: The University of Texas Press, 1985), pp. 64-85. Hay edición *paperback* de 1988.

de la literatura y del pensamiento latinoamericanos. El libro se llama ahora simplemente: *Vida de Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina, seguida de apuntes biográficos sobre el general fray Félix Aldao* (1851). Hay otras ediciones de la época, incluso una impresa en Nueva York en 1868 y otra en Francia en 1874. Cualesquiera hayan sido los cambios efectuados, la médula del libro continúa siendo la *vida* de Facundo Quiroga, caudillo a quien Sarmiento quiere estudiar con el fin de comprender a Rosas y la génesis y el ejercicio del poder político en su país. De ahí tal vez el cambio de título. Con el estudio de Facundo, Sarmiento espera aislar una etapa inicial en el desarrollo de la dictadura, su germen, por así decirlo. El estudio de Facundo Quiroga lleva a Sarmiento a su descripción de la pampa y de la sociedad de gauchos dentro de la cual emergió el caudillo. Poder y autoridad están de alguna manera alojados en la figura seminal de Facundo Quiroga, producto bárbaro de la tierra, quien —Sarmiento lo sabe— está en el contradictorio origen de la Argentina y, por extensión, de la cultura latinoamericana (lo que Hegel llamaba un individuo histórico mundial al referirse a Napoleón). Sin embargo, Sarmiento mismo se sabía también parte de esa cultura: era el futuro civilizado que para ella anhelaba. Es con fascinación y asco que Sarmiento se aproxima a Facundo Quiroga como alguien que sondea en los más oscuros rincones de su subconsciente. La grandeza del libro se basa en su origen antitético, en el cual autor y protagonista se abrazan como gemelos dióscuros, unidos por sus diferencias correlativas.

La relación de Sarmiento con Facundo Quiroga es homóloga a la que su libro establece con el discurso de los viajeros científicos y pensadores, cuyos nombres menciona con frecuencia y cuyos textos cita o usa como epígrafes a todo lo largo del texto. La función de esta red de textos —algunos colocados en posición marginal, otros citados en el cuerpo del trabajo— es la de conferir autoridad al discurso de Sarmiento, la de servir de modelo. Para que Facundo sea inteligible tiene que pasar por las categorías y clasificaciones de la ciencia moderna, pero para ser original (del origen contradictorio visto) tiene que escaparse de ellas. Para ser inteligible a los lectores europeos o a aquellos inmersos en la cultura europea, Sarmiento tiene que escribir un libro que se conforme al discurso de ellos, pero para ser él mismo y, por lo tanto, interesante para la mirada de ellos tiene que ser diferente y original.

La importancia de la copiosa literatura de viajes producida por los incontables viajeros científicos que dejaron sus huellas por los vastos paisajes americanos en los siglos XVIII y XIX no ha sido totalmente ignorada,

pero, como cuerpo de textos, tiene todavía que ser sistemáticamente estudiada. Su relevancia para la historia literaria latinoamericana ha sido soslayada, y cuando no, ha sido tendenciosamente interpretada<sup>4</sup>. Sin embargo, la importancia, en conjunto, de la literatura de viajes en el contexto general de la cultura latinoamericana fue establecida por Mariano Picón Salas en 1944 en su magistral *De la conquista a la independencia*. Dice así Picón Salas:

El creciente interés de países europeos, como Inglaterra y Francia, por asegurarse libres rutas oceánicas para su comercio internacional, unido al espíritu de investigación naturalista, tan propio de la época, hace del siglo XVIII un siglo de viajes y expediciones científicas que tratan de rectificar la confusa cartografía de países y costas lejanas, fijar astronómicamente sus latitudes y estudiar, complementariamente, la botánica y zoología ultramarinas. La conveniencia comercial y política se identifica, así, con la curiosidad científica, y los viajeros del siglo XVIII, entre los cuales, como en el caso del francés Louis de Bougainville, se da una compleja dualidad de aventurero y observador de la naturaleza,

---

<sup>4</sup> Sobre los viajeros han escrito, además de Picón Salas: Lincoln Bates, «En pos de una civilización perdida: dos audaces viajeros del siglo XIX exploran la América Central», *Américas* (OEA), vol. 38, núm. 1 (1986), pp. 34-39; Chester C. Christian Jr., «Hispanic Literature of Exploration», *Exploration* (Journal of the MLA Special Session on the Literature of Exploration and Travel), 1 (1973), pp. 42-46; Evelio A. Echevarría, «La conquista del Chimborazo», *Américas*, vol. 35, núm. 5 (1983), pp. 22-31; Iris H. W. Engstrand, *Spanish Scientists in the New World. The Eighteenth-Century Expeditions* (Seattle: University of Washington Press, 1981); Jean Franco, «Un viaje poco romántico: viajeros británicos hacia Sudamérica: 1818-1828», *Escritura* (Caracas), año 4, núm. 7 (1979), pp. 129-141; Hans Galinsky, «Exploring the 'Exploration Report' and Its Image of the Overseas World: Spanish, French, and English Variants of a Common Form Type in Early American Literature», *Early American Literature*, 12 (1977), pp. 5-24; C. Harvey Gardiner, «Foreign Traveler's Accounts of Mexico, 1810-1910», *Américas*, vol. 8 (1952), pp. 321-351; C. Harvey Gardiner (ed.), *Journeys Across the Pampas and Among the Andes* (Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 1967); Edward J. Goodman, *The Explorers of South America* (Nueva York: The Macmillan Co., 1972); Edward J. Goodman (compilador), *The Exploration of South America: An Annotated Bibliography* (Nueva York: Garland Publishing, 1983); Ronald Hilton, «The Significance of Travel Literature With Special Reference to the Spanish and Portuguese Speaking World», *Hispania*, 49 (1966), pp. 836-845; Josefina Palop, «El Brasil visto por los viajeros alemanes», *Revista de Indias*, año 21, núm. 83 (1961), pp. 107-127; Mary Luise Pratt, «Scratches on the Face of the Country; or, What Mr. Barrow Saw in the Land of the Bushmen», *Critical Inquiry*, vol. 12, núm. 1 (1985), pp. 119-143 (aunque es esencialmente sobre el África, algunas de las observaciones son de interés comparativo para América Latina); S. Samuel Trifilo, «Nineteenth Century English Travel Books on Argentina: a Revival in Spanish Translation», *Hispania*, vol. 41, núm. 4 (1958), pp. 491-496.

informan a la vez al rey y a las academias de las ciencias. Con los productos de tan lejanos climas se forman en las capitales europeas —desde Madrid a San Petersburgo— los jardines botánicos, las colecciones mineralógicas, los museos de «curiosidades». Los soberanos del despotismo ilustrado son también reyes coleccionistas. Para la América colonial, aquellos viajes fueron especialmente valiosos no sólo porque precisan mejor el conocimiento de su geografía, sino porque traen, como reactivo para la nueva mentalidad, métodos y observaciones que enseñan al criollo a conocerse y a conocer su mundo circundante. El viajero de entonces no es un seco especialista que se contente con levantar sus cartas o determinar la posición de las estrellas, sino que ofrece también, al público que ha de leerlo, la crónica y los elementos pintorescos de aquellas sociedades remotas. A todo lo largo del siglo se escalona una abundantísima literatura de viajes, y estos franceses e ingleses, que, desde Frezier (1713) hasta Vancouver (1795), recorren las costas americanas, parecen los precursores del gran Humboldt, con quien la geografía y hasta la sociología del Nuevo Continente alcanzarán plena madurez científica<sup>5</sup>.

Picón Salas describe la mayoría de las principales características de la literatura europea de viajes científicos en la era moderna. Los nuevos poderes imperiales, a través de instituciones encargadas de adquirir y organizar el conocimiento (instituciones científicas, jardines botánicos, museos de historia natural, zoológicos), comisionaban a personas poseedoras de preparación científica para viajar a sus colonias, dependencias o protocolonias para recoger información. Allí, estos frecuentemente pintorescos personajes se lanzaban a una variedad de aventuras en busca de conocimientos. El resultado fueron miles de libros que describen, analizan y clasifican la flora, la fauna, el paisaje, la organización social, la composición étnica, las formaciones fósiles, la atmósfera; es decir, todo lo que puede ser conocido por la ciencia del siglo XIX —conocido y consumido, analizado y convertido tanto en objeto de observación como en producto—. La ecuación entre poder y conocimiento, entre acumulación de saber y posesión no podría ser más evidente, sobre todo si tenemos en cuenta que muchos de los viajeros, como en el caso del capitán Francis Bond Head, eran representantes de corporaciones enfrascadas en algún tipo de explotación económica (en su caso, la minería). Los diversos intentos del Imperio Británico por ocupar territorios abandonados por los españoles son manifestaciones no tan mediatizadas de esta relación, como no lo fueron menos los de los Estados Unidos cuando emergió ese país en la escena mundial como

---

<sup>5</sup> *De la conquista a la independencia*, 4.ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 1965), pp. 207-208. La primera edición es de 1944.

poder económico y militar por derecho propio (hubo muchos viajeros norteamericanos). Esto significa, paradójicamente desde nuestra perspectiva, que estos exploradores fueron en su mayoría agentes del «progreso», y que sus esfuerzos tuvieron un impacto revolucionario en las sociedades de Latinoamérica. El caso de Alexander von Humboldt es, por supuesto, el más notorio en este aspecto.

Amparados como estaban por el poder de sus imperios, y armados con la sistemática coherencia del discurso de la ciencia europea, estos viajeros y sus escritos se convirtieron en los proveedores de un discurso sobre la realidad americana, que tenía un aura de verdad y que, por tanto, fue enormemente influyente<sup>6</sup>. Su entera actividad discursiva, desde la organización del viaje a la taxonomía materializaba la verdad y resumaba autoridad a través de su propia práctica. La influencia de esta literatura de viajes fue inmensa no sólo sobre los acontecimientos políticos dentro de la misma realidad que ella describía, sino sobre la concepción de esa realidad y de ellos mismos que los individuos dentro de ella tenían. El obsoleto discurso legal de la colonia fue reemplazado por el discurso científico como el lenguaje autorizado del conocimiento, del conocimiento de uno mismo y de la legitimación. Este discurso científico se convirtió en objeto de imitación por la narrativa latinoamericana tanto de ficción como de no-ficción, y está presente tanto en el *Facundo*, de Sarmiento, como en *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde (Cuba, 1880), y en *Os Sertões*, de Euclides da Cunha (Brasil, 1902). Es el modelo hegemónico en la narrativa latinoamericana hasta 1920, y aparece como un fuerte vestigio en ficciones totalizantes contemporáneas desde *Los pasos perdidos* (1953) hasta *Cien años de soledad* (1967) y *Yo el Supremo* (1974).

Aunque sería inútil buscar sus huellas en manuales de literatura y en revistas especializadas, el volumen de libros sobre Latinoamérica publicados por científicos europeos y norteamericanos es asombroso. Miles de estas obras aparecen en la reciente bibliografía publicada por Thomas L. Welch y Myriam Figueras, *Travel Accounts and Descriptions of Latin America*

---

<sup>6</sup> Un buen ejemplo de la presencia de los viajeros científicos en la obra de escritores románticos hispanoamericanos es la revista *El plantel*, publicada en Cuba por el grupo liderado por Domingo del Monte, que pensó por primera vez la posible existencia de una literatura cubana. En la revista hay largos artículos del naturalista cubano Felipe Poey, con dibujos de animales y plantas como los encontrados en los libros de viajeros. Véase *El plantel*, 2.ª serie (octubre 1838). La complicidad entre explotación de recursos naturales, ciencia y literatura en los inicios del romanticismo es perfectamente común y natural, además de generalizada por el mundo hispanoamericano. En Sarmiento culmina esta tendencia, no exenta en muchos casos de un racismo «científico» que tuvo gran auge entre pensadores y literatos hispanoamericanos hasta los años de la vanguardia.



*and the Caribbean 1800-1900: A Selected Bibliography* (1982), y estoy seguro de que muchos podrían agregarse si las fechas que ésta abarca se ampliaran para incluir el siglo XVIII y principios del XX. Esta proliferación es sólo comparable a la de los documentos legales durante los dos primeros siglos de la dominación española, o hasta la famosa *Recopilación de leyes de Indias* de 1681. Los libros de viajes desempeñan un papel similar en relación con la narrativa, aunque las diferencias son también significativas. Para comenzar, estos textos científicos no obedecían a reglas retóricas anónimas ni fueron escritos por meros notarios, frailes o funcionarios. Los libros de viajes fueron escritos por autores de tal renombre como Charles-Marie de la Condamine, Alexander von Humboldt, Charles Darwin, Peter Wilhelm Lund, Captain Francis Bond Head, Robert y Richard Schomburgk. No todos los libros fueron escritos por científicos en el sentido estricto de la palabra. Como dice S. Manuel Trifilo refiriéndose a los viajeros ingleses en Argentina: «The accounts were written by a wide cross-section of British society —soldiers, merchants, naturalists, diplomats, businessmen, engineers, miners, missionaries, adventurers, tourists, and many others<sup>7</sup>—.» Por otra parte, contrariamente a las humildes fórmulas de la burocracia española, y aun de las cultas historias de América escritas por humanistas como Francisco López de Gómara, los diarios científicos de viajes son literarios en casi todos los niveles: estos exploradores estaban imbuidos de literatura en la misma medida en que los poetas de la época estaban fascinados por la ciencia (Goethe, por ejemplo). Además, los diarios de viajes no sólo daban cuenta de los objetos recolectados, sino también del proceso por el cual éstos eran hallados, es decir, de la vida del viajero cuando éste se desplazaba por el espacio y el tiempo en busca de los secretos de la naturaleza, con lo cual, por cierto, la expedición termina siendo además un viaje de autodescubrimiento. Estos exploradores son con frecuencia escritores extraordinarios, y sus historias están repletas de peligrosas y también divertidas aventuras. Su pasión por la naturaleza, tan intensa como la de los poetas de la época, produjo ejemplos imponentes de lo sublime romántico. Esto es así no sólo en las obras maestras, como el *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Monde*, de Von Humboldt, sino también en obras menores, como *Reise in British Ghiana*, de sus discípulos Richard y Robert Schomburgk. Además, algunos de los viajeros eran artistas o llevaban artistas en su comitiva para que dibujaran o pintaran el paisaje o los especímenes que encontraran —en algunos casos, porque éstos no podían ser conservados; en otros, para que el lector pudiera «verlos» en su *habitat* natural—. El resultado fue que muchos de los libros que estos viaje-

---

<sup>7</sup> Trifilo, *op. cit.*, pp. 491-492.

ros produjeron son objetos notables, con bellas ilustraciones de la flora, fauna, formaciones geológicas, tipos humanos y, ocasionalmente, del grupo mismo de aventureros científicos.

Si se tuviera que señalar el elemento más importante de estos libros de viajes, y el que mayor influencia tuvo en otros que los tomaron como modelo, tendría que ser el tiempo, o más precisamente la historia, y aún más específicamente la historia natural<sup>8</sup>. La naturaleza americana había sido objeto de asombro para los europeos desde el descubrimiento, y las crónicas españolas están llenas de descripciones curiosas de objetos naturales, de seres y fenómenos que eran extraños o fuera de lo ordinario para el autor, quien a menudo no tenía palabras para describirlas. La hegemonía de la filosofía neoescolástica era demasiado férrea para permitirles a los españoles concebir la naturaleza americana como un sistema distinto, sometido a una evolución distinta<sup>9</sup>. No les fue dado a los cronistas pensar que en realidad la naturaleza americana pudiera ser diferente. Se invirtió una enorme cantidad de energía intelectual para lograr encasillar fenómenos naturales ajenos a los conocidos por los europeos dentro de categorías aristotélicas. El caso más notorio e interesante es la monumental *Historia natural y moral de las Indias* (1590), del padre José de Acosta. Era como forzar las categorías, y los resultados fueron naturalmente monstruosos. Se invocaban elementos de diversas especies para describir animales que parecían haber sido armados con piezas tomadas de diferentes rompecabezas. Un animal dado no era resultado de una historia singular, sino un amasijo de partes de otras criaturas, de las que se habían tomado prestadas una ala, una pata o una garra. Mucho del encanto de la literatura barroca latinoamericana se halla en las contorsiones topológicas que se requieren para describir el Nuevo Mundo como un *collage* de piezas del Viejo. En cambio, los viajeros científicos trajeron un concepto de la historia que permitiría que una singular naturaleza americana sentara las bases de un ser americano distinto y autónomo. Por el lado político, el resultado fue la independencia de España. Por el narrativo produjo una fábula maestra nueva, la que Sarmiento escribió al redactar su *Facundo*. Los elementos de esta fábula modelo están determinados tanto por la

---

<sup>8</sup> Me guío aquí sobre todo por Michel Foucault, *Les mots et les choses* (París: Gallimard, 1966); Arthur O. Lovejoy, *The Great Chain of Being* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1936).

<sup>9</sup> Véanse las páginas 12-14 de la «Introducción» de Juan Bautista Avalle-Arce a su edición del *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, de Fernández de Oviedo (Madrid: Anaya, 1963). Habla aquí Avalle-Arce del empirismo de Oviedo, que constituye la aproximación más audaz a la realidad americana, por cuanto logra así desprenderse de las codificaciones recibidas.

ciencia como por el viaje mismo. Las expediciones de los exploradores científicos o cuasi-científicos eran parte del *Bildungsreise* romántico. El viaje es emblema del tiempo. La historia natural no es sólo una dinámica maquinaria de tiempo, sino que el ser que la observa, el viajero científico, es arrastrado también por el torbellino de la temporalidad. Este doble movimiento de sujeto y objeto crea una asíntota, que expresa ese anhelo tan romántico de unión de la persona y el cosmos, anhelo cuyo resultado es generalmente una fisura kantiana. Viajar era una ordalía, un desprendimiento del mundo conocido del viajero en busca de conocimiento de la naturaleza y de sí mismo. El ideal era, por supuesto, el descubrimiento de uno mismo, un uno mismo en que naturaleza y persona constituyeran una unidad indivisible, unidad en la cual la exuberante y hasta sombría belleza del mundo natural estaría en perfecta armonía con el alma del viajero en busca de sus secretos. La retórica de la literatura científica de viajes está vertebrada por la figura de este héroe-narrador, que se somete a pruebas para adquirir conocimiento. Estas pruebas no eran insignificantes, dado lo primitivo de los medios de transporte de que se disponía, el peso, volumen y fragilidad de los toscos instrumentos científicos, las epidemias a las cuales se exponía el viajero, y a las cuales su cuerpo estaba lejos de ser inmune, para no hablar de las dificultades de comunicación con los naturales de las diferentes regiones visitadas. A esto podrían agregarse las complicaciones que implicaba la recolección de muestras, su preservación y envío de vuelta a la metrópoli para que fueran analizadas, clasificadas y, eventualmente, exhibidas. Muchos baúles de Von Humboldt, repletos de especímenes disecados, hicieron dilatados periplos; algunos no han llegado todavía a destino.

La prueba más ardua para el viajero era, sin embargo, mantener su sentido de identidad a la vez que exploraba el mundo natural americano; establecer una distancia científica de la realidad descrita, sin por ello distorsionarla; permanecer alejado, continuar escribiendo como otro, en medio de una realidad que amenazaba con revelar un conocimiento que concebiblemente podría, por su poderoso atractivo, hacer perder al viajero su sentido de identidad. Esto es así muy particularmente en el caso de viajeros como Head, cuyas proezas como jinete lo aproximaban peligrosamente al gaucho, de tal modo que uno siente al leerlo que se está identificando más y más con él. Pero al escribir para un público europeo, científico o no, el viajero tenía que seguir siendo europeo, debía perseverar en su identidad, a pesar de las tentaciones de lo salvaje, de lo bárbaro del otro. El recurso retórico que mantiene esta distancia —y que es el equivalente discursivo de los instrumentos científicos— es la constante expresión de maravilla, de sorpresa, de distancia que crea el viajero escritor al hacer

repetidas comparaciones entre el mundo europeo y el colonial, pero principalmente por la práctica de la clasificación y taxonomía. El mundo del otro es clasificable, apto para ser integrado en una taxonomía. El alma, el espíritu del viajero, interpone la red de las clasificaciones científicas entre su deseo de fundirse con el objeto de estudio y el objeto mismo. En estos libros, Latinoamérica se convierte en un viviente museo de historia natural, un jardín botánico o zoológico en el cual, en recintos contiguos, los animales y las plantas conviven en el presente, pero separados por siglos de evolución.

En algunos de estos viajes, esta perseverancia en la identidad europea se manifiesta de modo verdaderamente espectacular, como cuando los hermanos Schomburgk, que viajan bajo auspicio británico, disparan salvas en medio de la selva para festejar el cumpleaños de la reina. Su expedición a Guayana es como una cápsula de tiempo europeo dentro de la vasta maquinaria de tiempo de la naturaleza. En la literatura popular, esto se traduce en los laboriosos preparativos que los viajeros hacen para transportar con ellos por la selva un ambiente europeo. En *La jangada*, de Julio Verne, novela sobre el Amazonas, por ejemplo, la enorme balsa construida por los expedicionarios franceses se convierte en una especie de Arca de Noé de la vida europea, una isla de civilización que flota río abajo, a través de la jungla. Los avíos europeos aíslan al viajero de la realidad exterior, pero a la vez constituyen un punto de mira. En los complejos vehículos de Verne se labran ornadas ventanas, escotillas o claraboyas a través de las cuales se pueden observar y clasificar la flora, la fauna y las variedades de la vida humana. De ahí la ventana en forma de observatorio del capitán Nemo en el *Nautilus*, que le permite contemplar raros animales en las profundidades del océano.

La imagen del capitán Nemo escudriñando en las profundidades nos permite postular las características de la literatura de viajes que derivan de la ciencia (las previas eran derivadas de los viajes). La noción de profundidad expresa la concepción de la realidad como historia natural; un desplegarse en el tiempo o, desde luego, una evolución en el tiempo que explica las diferencias en la flora y la fauna porque la evolución tomó diferentes sendas en regiones diferentes. El tiempo, en otras palabras, es diferente en regiones distintas. Cada camino evolucionario dado lleva a un grupo distinto de animales. Los viajeros que recorrían el mundo colonial buscaban estas diferencias con la esperanza de dar con la llave maestra de toda la historia natural, el secreto del comienzo o comienzos de todo. Pero Nemo busca también animales que pertenezcan a la prehistoria, animales que, por alguna razón, quedaron fuera del proceso evolucionario, que, por lo tanto, se extinguieron o de los que quedan muy pocos. En el

siglo XIX, Latinoamérica se convirtió en el campo de estudio de un importante grupo de paleontólogos que se proponían descubrir los secretos de la evolución en restos de animales prehistóricos conservados por un capricho o accidente histórico<sup>10</sup>. Esto es lo que el profesor Challenger, el explorador de *The Lost World*, de Sir Arthur Conan Doyle, busca en la altiplanicie ficticia en la selva sudamericana, meseta que, dada su altura, ha aislado su flora y fauna del resto de la jungla, creando una especie de tubo de ensayo natural (igual que las islas Galápagos en la obra de Darwin).

Este «espléndido aislamiento», como lo denominó George Gaylord Simpson en uno de sus magníficos libros sobre la materia, ha conservado vivos los orígenes hasta el presente. Los viajeros científicos que recorrieron Latinoamérica no buscaban sólo muestras corrientes de la flora o la fauna, sino ejemplares que representaran un salto atrás, hacia los orígenes de la evolución. Es por esto que viajar por Latinoamérica significaba encontrar la historia en la evolución de las plantas y de los animales y hallar conservado el comienzo de la historia, un origen remoto pero paradójicamente vivo y contemporáneo.

La fascinación de Sarmiento con el trabajo de los exploradores europeos es bien conocida. Los cita frecuentemente, y hasta declara: «Sudamérica en general, y Argentina en particular, necesita de un Tocqueville que, armado con el conocimiento de la teoría social, como el viajero científico con sus barómetros, brújulas y octantes, viniera y penetrara las profundidades de nuestra vida política como en un vasto territorio inexplorado por la ciencia y lo revelara a Europa, a Francia...»<sup>11</sup>. (He aquí el origen de los instrumentos científicos que Melquíades traerá a Macondo muchos años después...) Pero, más allá de estos ditirambos, lo más interesante es el modo en que la literatura científica de viajes determina al *Facundo* como texto y crea de esta relación una nueva forma de narrar en América,

---

<sup>10</sup> George Gaylord Simpson, *Splendid Isolation. The Curious History of South American Mammals* (New Haven: Yale University Press, 1980), y *Discoverers of the Lost World. An Account of Some of Those Who Brought Back to Life South American Mammals Long Buried in the Abyss of Time* (New Haven: Yale University Press, 1984). El omnívoro Sarmiento, desde luego, conoció bien la labor de estos paleontólogos, en particular la de Francisco J. Muñiz, sobre el cual escribe una biografía cuya importancia para el tema que nos ocupa rebasa los límites de este trabajo. Véase el tomo 43 de las *Obras de Domingo F. Sarmiento* (Buenos Aires: Imprenta y Litografía Mariano Moreno, 1900).

<sup>11</sup> Cito por *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*, fijación del texto, prólogo y apéndices de Raúl Moglia, xilografías de Nicasio (Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1955), p. 10.

que perdurará aún en vestigios hasta el presente, pero que estará vigente como fábula maestra hasta los años veinte de nuestro siglo. La supervivencia del *Facundo* en la narrativa latinoamericana se debe a la ejemplaridad, a la nitidez y a la profundidad y arraigo de ese proceso mimético que establece con los textos de los viajeros científicos.

El viaje que aleja a Sarmiento de Argentina puede haber tenido un motivo político, pero es semejante a la ordalía de separación de la que hablamos con referencia a los libros de viajes; es la prueba que lleva a la escritura. En efecto, el acto mismo de abandonar la Argentina, que se narra en el Prólogo de *Facundo*, está indisolublemente ligado al acto de escribir. Sarmiento garabatea un desafío político en una piedra al cruzar la frontera hacia Chile. Partir y escribir están unidos en *Facundo*, como sucede en los libros de viajes. Sarmiento se descubrirá a sí mismo y explorará la cultura argentina al alejarse y verla a distancia. Desde luego, Sarmiento simultáneamente se aleja y se acerca a su propia cultura como objeto de análisis, mientras que los viajeros parten de su cultura hacia otra ajena que se proponen estudiar. Esta diferencia es crucial porque destaca una de las contradicciones más productivas del *Facundo*: el territorio que realmente recorrerá Sarmiento no será el de Argentina, sino el de los textos de los viajeros europeos. Es un hecho sabido que el conocimiento de la pampa de Sarmiento provenía en su mayor parte de libros, en particular el de Sir Francis Bond Head, *Rough Notes Taken During Some Journeys Across the Pampas and Among the Andes (1826)*, que Sarmiento cita por cierto en francés<sup>12</sup>. El descubrimiento de sí mismo en *Facundo* es profundamente literario, un proceso mediatizado por los textos, exactamente como los textos de los viajeros son mediatizados por el discurso científico. Esta doble mediación es significativa, porque es la versión de Sarmiento de la perseverancia en una identidad europea, el equivalente del equipaje e instrumental de los viajeros europeos. Sólo que aquí la manifestación de esa perseverancia es textual y corresponde a la red de citas, epígrafes y alusiones del libro.

El carácter literario de esa mediación se revela también en un rasgo curioso del discurso de Sarmiento: Sarmiento compara con frecuencia la sociedad gaucha con diversas sociedades orientales, tal como la describen orientalistas europeos<sup>13</sup>. Si el gaucho es el origen de la cultura argentina,

---

<sup>12</sup> He manejado *Journeys Across the Pampas and Among the Andes*, edited with an introduction by C. Harvey Gardiner (Carbondale: Southern Illinois University Press, 1967). El original es de 1826.

<sup>13</sup> Aprovecho aquí lecturas en *Orientalism*, de Edward W. Said (Nueva York: Vintage Books, 1979).

el estrato más profundo del ser argentino, ese origen es la figura inconfundiblemente literaria de un gaucho vestido con traje de beduino, tal y como éste aparece descrito por viajeros franceses, alemanes e ingleses. A veces la comparación se establece con textos desenfadadamente literarios, como los de Victor Hugo. Lo que la congruencia de la ciencia europea es para el discurso de los científicos, esta prisión textual es para el de Sarmiento: la red que presumiblemente le impide fundirse con el objeto de su estudio.

Más allá de esta doble mediatización están las prácticas clasificatorias de Sarmiento, especialmente del gaucho. Entre las páginas más memorables de *Facundo* (las que uno más recuerda de la escuela primaria y secundaria) se encuentran las que dedica a la descripción de las distintas clases de gauchos: el payador, el rastreador, el baquiano, el gaucho malo. Cada uno de esos tipos es minuciosamente descrito, desde su atuendo hasta sus rutinas diarias. El gaucho es para Sarmiento lo que una especie de vida animal cuyas diferentes familias se encuentran, describen y clasifican, para el explorador europeo. La misma manía taxonómica se aplica a mayores sectores de la vida argentina, como cuando las distintas clases de ciudades son analizadas y contrastadas (Córdoba vs. Buenos Aires). Lo que es notablemente moderno en esta clasificación es que contiene simultáneamente múltiples estratos temporales, es decir, refleja profundidad en el sentido discutido anteriormente. Buenos Aires y Córdoba ocupan el mismo tiempo en el presente, pero pertenecen a dos épocas distintas, separadas tal vez por siglos. La pampa puede ser el remoto origen de todo, y si es así, es contemporánea con manifestaciones posteriores de la cultura argentina que ha determinado. *Facundo* Quiroga es una etapa anterior de Juan Manuel de Rosas, aun cuando son contemporáneos (ambos nacieron en 1793, pero el caudillo fue muerto en 1835, mientras que el dictador vivió una larga vida en el exilio, hasta 1877). *Facundo*, como los libros de los viajeros, se propone mostrar la dinámica de la historia en un modelo espacial, una especie de movimiento congelado, destacando las diversas formas que los accidentes de la evolución han creado en la región específica observada. El libro es como una galería de tipos y de épocas sincronizadas por la máquina del discurso científico, con el origen en el centro, vivo aún, presente y vigente.

Tal vez el mejor modo de visualizar todo esto sea precisamente mediante un cuadro. En 1859, el pintor norteamericano Frederick Church desveló su gigantesca tela «Heart of the Andes», basada en dos viajes a Sudamérica, pero mayormente inspirada por los escritos de Alexander von Humboldt. Church se guiaba por la visión de Humboldt, según la cual al mirar los Andes «de un solo vistazo, el ojo examina majestuosas palmas, húmedas forestas... y luego, más arriba de estas formas de vegetación tropical,

aparecen robles, rosas silvestres, y más arriba de esto, picos nevados»<sup>14</sup>. Discípulo de Thomas Cole, Church fue miembro de lo que se conoce como la *Hudson River School of Painting*, que se deleitaba en representar la belleza del paisaje norteamericano. En «Heart of the Andes», sin embargo, Church intentó dar una visión total de la historia natural, a la manera del ambicioso libro de Von Humboldt *Kosmos. Entwurf einer physischen weltbeschreibung*.

Todos estos prolegómenos llevan a Sarmiento a su espécimen: Facundo Quiroga, cuya vida se sitúa en el centro del libro como un raro insecto atrapado en un pisapapeles de cristal. La historia de la vida de Facundo Quiroga no obedece a reglas retóricas convencionales para escribir biografías. La vida, la biografía aquí, pone el énfasis en la *bio* —la vida es biológica—. La vida es un concepto muy en boga en la ciencia del siglo XIX, y el debate entre organicistas y mecanicistas es bien conocido. Se trata de un concepto que deja una huella profunda en el pensamiento y la literatura europeos, que tal vez culmina con Nietzsche, Unamuno y las versiones hispánicas de la *Lebensphilosophie* llamada «vitalismo». Sarmiento da cuenta del carácter de *Facundo* y de su destino en términos científicos. El caudillo es motivado, como explica Sarmiento muchas veces, por un *exceso de vida*; por un impulso vital que inevitablemente, trágicamente, lo lleva a Barranca Yaco, donde él sabe o intuye que será asesinado. El exceso de Facundo Quiroga es visible en la forma de su cráneo, en su corpulencia y en sus feroces ojos. Estos son todos accidentes biológicos que determinan su destino, lo que hace que su vida se conforme más aún a un modelo trágico. Así como la originalidad de Facundo Quiroga es el resultado de accidentes, lo mismo sucede con toda la cultura de los gauchos.

La pulpería, núcleo social de la vida gauchesca, es el resultado del encuentro *casual* de los gauchos, no de una organización premeditada o legada por la tradición. Aun la poesía del gaucho se debe a accidentes topográficos, a irregularidades parecidas a las de los huesos de su cráneo (Sarmiento se dejó seducir también por la frenología). La noción de accidente es crucial, ya que determina la libertad de Facundo Quiroga, su distanciamiento de la norma; por lo tanto, su originalidad. Cuando el caudillo derrota a ejércitos establecidos, lo hace por tener la libertad de emplear tácticas no convencionales, que burlan a sus enemigos. Todo accidente es inaugural por definición, independiente del pasado; es un presente violentamente separado de la historia, un comienzo, como el que el paleontólogo espera encontrar en cuevas y excavaciones. La inclinación de Facundo

---

<sup>14</sup> Tomo la información y la cita de Mary Sayre Haverstock, «La fascinación de los Andes», *Américas*, vol. 35, núm. 1 (1983), p. 41.



Quiroga por la violencia es una expresión de su libertad, de su anomalía; la violencia forma deformando, mutilando. Como origen presente del caudillismo, el carácter accidental y violento de Quiroga explica la inclinación de Rosas por la violencia.

## 3

Cuando Sarmiento llega finalmente a su vida de Facundo Quiroga, leemos la siguiente anécdota, que no podemos menos que citar en su totalidad:

Media entre las ciudades de San Juan y San Luis un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene de oriente no pasa la última represa o aljibe de campo sin proveer sus chifles de suficiente cantidad de agua. En esta travesía tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la travesía a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre o la sed de peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre cebado andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir, a veces, en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sangrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se le llama cebado cuando se ha dado a este nuevo género de caza: la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre cebado, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y

el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que ésta se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolenea, hasta que divisa la montura, que desgarrar de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa, haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera dar un salto imponente; dio vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dio esperanza de salvación. En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre empacado y ciego de furor, fue obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas rápidas con que, en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. «Entonces supe qué era tener miedo», decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso<sup>15</sup>.

Sarmiento ha cifrado en esta anécdota, en el umbral de la vida de Facundo Quiroga, el mecanismo tropológico central de su libro. La historia se puede leer no sólo como una alegoría de la vida del caudillo, sino también, y lo que es aún más interesante, de la vida de *Facundo*, el libro; de la existencia de éste en relación con Sarmiento con el protagonista y con

---

<sup>15</sup> *Facundo*, pp. 71-73.

el lector. Este texto casi marginal, en las vísperas de la historia completa, es una versión de aquella fábula maestra de la narrativa latinoamericana cuyo núcleo vimos en «El matadero», de Echeverría.

Es un hecho curioso y llamativo que la primera frase de la vida de Facundo Quiroga contenga ya una figura que anuncia los tropos mayores de la historia, como si el principio siempre tuviera que contener medios y finales. El desierto entre San Juan y San Luis se llama una «travesía» por la falta absoluta de agua; sin embargo, normalmente, uno llama «travesía» al cruce de una extensión de agua. Por lo tanto, en este contexto específico, el nombre significa lo contrario de lo que refiere normalmente; es una especie de catacrexis natural, como si el lenguaje comunicara de una manera misteriosa, no-racional, haciendo violencia a las relaciones convencionales entre significante y significado. Para entender el texto debemos ser capaces de dominar un código que no es universal, que no es el que presumimos basado en la experiencia acumulada del intercambio racional de la humanidad, sino específico, singular y en apariencia accidental. El desierto es llamado una travesía, sin embargo, *por* su absoluta carencia de agua, no por una razón arbitraria, por lo que debemos prepararnos a leer lo opuesto de lo que el lenguaje parece significar.

La metáfora se extiende, por supuesto, cuando se nos dice que los viajeros deben almacenar agua antes de embarcarse en un viaje a través del desierto hacia la última represa. Represa se da aquí como sinónimo de aljibe, cisterna, que, de hecho, contiene agua, pero que, al parecer, recibe su nombre porque marca el límite del desierto, no porque suministre agua. La metafórica extensión de agua por atravesar se encuentra enmarcada por los pozos en donde el viajero debe aprovisionarse de aquello de lo que el área encerrada carece. Si recordamos que las vastas extensiones de la pampa en *Facundo* se comparan frecuentemente con el mar, podemos entender mejor que, dentro del sistema toponímico del texto, la tierra pueda ser agua. Todas estas inversiones han preparado al lector para lo inusual, lo inesperado, la «escena extraña» que se va a relatar, en la que el hombre es el objeto de la caza, y no al revés. La extrañeza, la singularidad, el accidente, prevalecen en la historia de Facundo Quiroga, la singular criatura que va a ejemplificar una peculiar variedad biológica americana.

La singularidad del gaucho, su estar fuera de la norma, se expresa por el hecho de que es, a menudo, un individuo que vive al margen de la ley. El nuestro, en particular, huye de la ciudad porque ha apuñalado a un hombre en uno de los habituales duelos a cuchillo de los gauchos. La propensión violenta del gaucho lo hace un individuo tanto en estado de naturaleza como fuera de la ley. Como la catacrexis que describe su ambiente, el gaucho vive en un mundo de transgresiones, de abusos, de rupturas, de

interrupciones, de accidentes. Dicha condición se enfatiza, en este caso, por el hecho de que el gaucho debe viajar a pie. El caballo era la forma de vida del gaucho, prácticamente desde la cuna. La «extraña historia» no es sólo la de un individuo que funciona al margen de la ley, sino de uno que está, en este momento en particular, fuera de su propia ley, donde puede sufrir un accidente como el que, de hecho, le sobreviene. La historia relata una instancia original y única, que rompe con todas las normas.

El tigre entra en la «extraña historia» también bajo la señal de un nombre equivocado. No se trata de un tigre, por supuesto, sino de una especie de jaguar; «tigre» es una de las aproximaciones a que acudieron los europeos para nombrar un fenómeno natural americano que no se adaptaba a sus categorías. Como el gaucho, el tigre está fuera de la ley porque ha matado. No es éste un tigre ordinario, como tampoco lo es el gaucho un gaucho común. Este tigre pertenece a una clase especial de los que sienten predilección por la carne humana. Una vez que ha probado a un ser humano, el tigre adquiere un gusto especial por ellos, preferencia basada en un conocimiento extraordinariamente íntimo, secreto y prohibido de los humanos. El adjetivo con que se califica este tipo de tigre es de singular significación: «cebado». «Cebado» quiere decir tener un conocimiento previo que incita al deseo, tener o haber tenido algo ya de lo que se busca, de lo que se desea. Este conocimiento y el deseo de tener más es la contrapartida de la curiosidad científica de los exploradores, de su anhelo de saber. La habilidad del tigre para capturar seres humanos, su técnica para rastrear un olor, su poder hermenéutico para interpretar las huellas de la presencia humana son características de su saber previo. Hay, además, un sentido en el que este deseo de conocimiento por parte del tigre excede la norma, va más allá de la mera necesidad de comida, que tal vez sea paralelo al excedente artístico del conocimiento de los exploradores. Estar cebado significa no sólo tener un conocimiento previo, sino también ser gordo, estar saciado. Uno puede cebar a un animal, engordarlo para el cuchillo del carnicero. De ahí que el gusto de la carne humana por parte del tigre sea un conocimiento prohibido, que es como un vicio, un deseo que excede a la necesidad. Hay en las hermosas descripciones del animal, especialmente en sus actos de violencia y en su perseverancia en perseguir la presa hasta el punto de dejar su vida en su empeño, un reflejo de este ambiguo carácter vicioso, a la vez crueldad y adicción al placer. Estar cebado es tener una inclinación por el exceso, ser guiado por un exceso de vida, como es el caso de Facundo Quiroga. Este conocimiento adquirido al probar la carne está en consonancia con la comunicación establecida entre el tigre y el gaucho.

Quando el gaucho se encuentra en la copa del árbol, sabe de la presen-

cia del tigre, por el rugido del animal, en reacción al cual «sus fibras se estremecieron», lo que se refiere, por supuesto, a sus fibras musculares, a su carne. El sentido del gusto no es el único por el cual la carne del gaucho y la del tigre se comunican. En el renglón que sigue se explica que el rugido del tigre es como el gruñido del cerdo, pero estridente y prolongado. Aun cuando no hay razón para temer —y uso razón en el sentido fuerte—, el sistema nervioso del hombre se estremece involuntariamente, como si la carne misma se agitara «al sólo anuncio de la muerte». El rugido del tigre establece una comunicación con la carne del gaucho que sobrepasa la razón. Más tarde, el mismo tipo de entendimiento se establece cuando el tigre hace temblar al árbol, con lo cual actúa directamente sobre los nervios del gaucho. Tigre y gaucho se entienden subliminalmente, y lo que se comunica entre ellos es también subliminal: deseo y miedo. Esta identificación, y la comunicación entre ambos por medio de un lenguaje subliminal, revela mucho sobre la fábula maestra cifrada en el texto de Sarmiento.

El idioma de la pampa rompe con el lenguaje recibido de la comunicación social; las palabras significan frecuentemente, irracionalmente, contra la historia, lo opuesto de lo que normalmente significan. Ese lenguaje es como el que hablan el tigre y el gaucho. El sentido no se da a través de un código establecido, sino mediante una sensación dada, sensación que se manifiesta en el umbral mismo de la necesidad del lenguaje figural. La pampa no es sólo un llano —especie de página en blanco o silencio donde el lenguaje tiene que inscribirse como si fuera por primera vez—, sino que su extensión provoca un sentimiento de infinitud, que es como el que inspira el mar. Por lo tanto, cruzar la pampa es una «travesía». La «extraña historia» narra un accidente, algo que no puede tener antecedente, a riesgo de no ser tal. Si no tiene nada anterior que lo explique, el accidente debe ser narrado en un lenguaje catacrético, accidentado, nuevo, cuyos raros signos estén en consonancia con los singulares rasgos del protagonista. El hecho de que Facundo Quiroga adquiriera su *nom de guerre* en esta escena es una clara indicación de cómo el nombrar funciona en este lenguaje. El gaucho le roba al animal su equivocado nombre. Al matar al tigre, el gaucho se da un nombre. Nombrar es una actividad accidental y violenta, que rompe normas, que rebasa clasificaciones y taxonomía. Esto no sería de interés si la historia fuera narrada, a distancia, por la voz que Sarmiento modula para clasificar, la retórica de los viajeros, que le permite distinguir como diferente, extraño e incivilizado aquello que describe.

Hasta que Facundo Quiroga interviene para explicar que entonces fue que conoció el miedo, *no sabemos que era el caudillo mismo quien estaba narrando la historia*. Sarmiento, subrepticamente, entrega la voz narrativa

al propio protagonista, deja que hable por él y por sí mismo. La prosopopeya crea una identificación entre Facundo Quiroga y Sarmiento, que es paralela a la ya establecida entre el tigre y el gaucho. ¿Es Sarmiento un observador distante y civilizado, o está, como el gaucho, en el árbol, vibrando con el sublime lenguaje del miedo y del deseo? Recordemos que el gaucho no puede esquivar la sangrienta mirada del tigre, que lo llama y amenaza a la vez, atrayéndolo a la enorme boca del animal. Boca con voz, pero sin idioma articulado, que habla por los ojos el lenguaje del miedo y del deseo —boca de Facundo que le roba su voz a Sarmiento—. Si uno tiene en cuenta que Sarmiento insiste, una y otra vez, en que Rosas gobierna a base del miedo, entonces la cadena de identificaciones se hace aún más interesante y la naturaleza del idioma del texto mucho más clara: el tigre es como Facundo Quiroga, que es como Juan Manuel de Rosas, que es como Domingo Faustino Sarmiento. El texto se compone de un lenguaje subliminal, arcano, *cebado*, vicioso en todos sentidos. El modelo del texto, pues, no es el diario de viaje científico, sino el lenguaje accidental de la literatura, un lenguaje cuyo sistema consiste en romper el sistema y cuya aspiración es la de ser único, como el gaucho y el tigre, la de robarles a éstos su violenta belleza.

Hay más, por supuesto, ya que, en la matanza del tigre, el gaucho se mata a sí mismo, o al menos prefigura su propia muerte en Barranca Yaco. La vida de Facundo Quiroga es materia para la tragedia. Su exceso de vida, como la *hybris* trágica, lo lleva tanto al cenit de su poder como a su muerte, de la que es prevenido en varias ocasiones. No puede escapar a su destino porque, para ser libre, debe estar marcado por accidentes que lo liberan de la norma. El miedo, el lenguaje que él conoce, puede agitar su carne en la anticipación de la muerte, pero no le puede decir qué hacer para evitarla; si algo hace es llevarlo hacia ella. Sarmiento, el narrador en el libro, cae en la misma trampa. Dada su identificación con Facundo Quiroga y Rosas, la muerte de aquél es su propia muerte. Como ellos, es ciego a su suerte, que es ser como ellos, y, por lo tanto, no la puede evitar.

En la historia de la literatura, Sarmiento vive gracias a Facundo Quiroga. Lo que Sarmiento ha encontrado en su viaje de descubrimiento y de autodescubrimiento es un origen real, que habla a través de él, destruyendo la hueca máscara de su lenguaje científico. No alcanzará la autoridad sino por el trágico sacrificio de su protagonista, que el autor refleja en el texto.